



FLORISTAS SEVILLANAS — Cuadro de RICARDO BRUGADA.



EL ALEGRE PRISIONERO — Cuadro de TOMÁS MUÑOZ LUCENA.



EL HERRERO HULLUS

EN el libro, en el lienzo y en la escena se ha descrito hasta la saciedad, en tonos magistrales, con pinceladas vigorosas y con acentos conmovedores el cuadro tristísimo de la miseria del hogar, de un hogar sin pan y con niños, de una miseria sin esperanzas de redención. Este cuadro, pero con tonos señaladamente sombríos, presentaba la triste morada de Juan Hullus, al mediar el siglo XI.

Hullus era un herrero inteligente, honrado, trabajador infatigable, buen padre, buen esposo, creyente convencido y cristiano de la vieja cepa. Tantas y tan buenas cualidades no le redimían de la miseria que, con frecuencia, se alojaba en su casa como huésped molesto. Cuando transcurrían semanas enteras sin que Hullus encendiera su fragua y venían consiguientemente eslabonados los días sin pan, el herrero no maldecía su destino, ni procuraba olvidar sus penas, como tantos otros, en los goces de la taberna; siempre animado por la fe y por la esperanza, corría la población entera buscando trabajo y, si no lo encontraba, volvía a su fábrica, en donde, encerrado, entregábase a un llanto silencioso é invocaba en sus oraciones a San Lamberto, patrón de Lieja, en quien Hullus ponía toda su confianza.

Era el día 1.º de Noviembre del año 1049.

Apenas comenzaba a despuntar la aurora, cuando el prolongado tañido de una campana que tocaba el *Angelus* despertó al herrero de sus meditaciones.

Hacía muchos días que los tres hijos de Hullus no habían visto el fuego, á pesar del horrible frío que se dejaba sentir en el lóbrego camaranchón, agrietado, desnudo y sin cristales. Los infelices llevaban muchas horas sin alimento alguno, sin un pedazo de pan duro que roer; lloraban en silencio, acurrucados en un rincón, ateridos de frío y defendiéndose de él con cuatro malos harapos. La madre contenía sus sollozos para no afligir más á sus hijos y aumentar la pesadumbre del herrero, quien, sentado en el suelo, tapábase el rostro con las manos, ocultando gruesos lagrimones que rodaban por sus huesudas mejillas.

Dejóse oír el tercer toque del *Angelus*. Antes de que su vibración conmovedora se apagase, Hullus se levantó y con paso torpe y pesado, entumecidos los miembros, estropeado el cuerpo por una noche de hambre, de frío y de insomnio, salió á la calle, alimentando una vaga esperanza de consuelo.

Creyente devoto, encaminóse seguidamente á la iglesia de San Pablo, que guardan encerrados en una urna, los restos mortales de San Lamberto.

Como día de Todos los Santos y fiel á su tradición, la naturaleza vestía los más tristes ropajes de una triste otoñada: la niebla del río Meuse que baña á Lieja, una fría niebla que se diluía en gotas de helado rocío, envolvía las calles en triste penumbra; las campanas que á intervalos rompían el silencio y cuyas notas parecían lamentos de dolor que el mundo cristiano exhala por las almas de los que fueron, aumentaban la tristeza de aquel despertar del día.

Hullus penetró en la iglesia resueltamente y fué á colocarse delante de la urna del Santo en aquellas frías, oscuras y desiertas bóvedas. Allí, de rodillas, humillada la cabeza sobre el pecho y entre lágrimas, suspi-

ros y sollozos, el sencillo herrero pedía con fervorosa piedad al Santo descendiese á la desnuda buhardilla y llevase un pedazo de pan á las desconsoladas criaturas.

Largas horas permaneció Hullus en la iglesia entregado á la oración y á piadosas meditaciones.

Al salir del sagrado recinto era ya más de medio día; en la calle, y por primera vez en su vida, aun cuando se hallaba curtido en los sufrimientos de la miseria, sintió herido su corazón por la punzante espina de la envidia, viendo cómo sus convecinos, vestidos á toda gala, se disponían á dar buena cuenta de una comida suculenta y abundante que no se amargaría por el recuerdo de los muertos á quienes, según Hullus, podía honrarse con el estómago repleto. A través de los cristales de hosterías, tabernas y figones, miraba con fruición los platos cargados de viandas codimentadas, pensando que aquellos manjares suponían tal vez un derroche y que, mientras los barrigudos patronos y los obreros afortunados embanastaban sendos trozos de carne, su mujer y sus hijos continuarían gimiendo en la buhardilla desamueblada, rechinando de frío, rumiando por la sed devoradora que sigue al hambre. Así pensando, aumentaba su coraje, le subían desde el corazón á los ojos oleadas de rabia, se le crispaban los puños, el vértigo de la desesperación loca iba apoderándose de su cerebro y cuanto más se olvidaba de San Lamberto tanto más se acercaba á las puertas del crimen, dispuesto á descargar sobre cualquier inocente y como maza de hierro fundido todas las lágrimas de su mujer y de sus hijos, acopiadas en un año de privaciones, en un mes de necesidad, en ocho días de hambre.

Un golpecito amistoso dado en la espalda á Hullus bastó acaso para salvar á un creyente. Volvió nuestro herrero la cabeza, hosca y brillante la mirada, y encontróse con un mercader de paños, grande amigo suyo desde la infancia y á quien no veía hacía largos años.

—¡Pobre Hullus! ¡qué triste estás!—le dijo el mercader adivinando la verdad por el semblante iracundo y por el destrozado arreo del herrero.

—¡No!... Pensaba... ya ves... como es hoy el santo de los muertos... y los vivos se entregan al placer... me indignaba... porque...

Y cuanto más hablaba el herrero, más colegía el pañero, por las vaguedades é inherencias de su amigo, que á éste le taladraba el cerebro un pensamiento amargo.

—Vaya, ven, ven conmigo y deja para otra ocasión esas honradas filosofías. Entremos en la taberna á beber algunas jarras de cerveza y á charlar de las travesuras de nuestra infancia.

Hullus se resistió; recordó á su familia que le esperaba, que acaso tenía puesto el oído en la escalera esperando la brusca aparición del pan llovido del cielo por providencia milagrosa, arrancado á la limosna á cambio de un girón de vergüenza; pero, fuese como fuese, pan al fin. Al representarse tal cuadro en su imaginación, pensó que sería un crimen abandonarse á los goces de la taberna mientras los suyos padecían y esperaban; pero tanto y con tan melosas frases le instó el pañero, y por otro lado, era Hullus tan aficionado á la cerveza... que al fin cedió.

Las tabernas de Lieja rebosaban de consumidores, no porque lo des-

apacible del día obligase á buscar un refugio en ellas, sino porque tal era la costumbre.

Por extraño que parezca, es cierto que los pueblos cristianos ofrecen raros contrastes en sus costumbres. La de honrar la memoria de los muertos comiendo, bebiendo y cantando, no es privativa sólo de los moradores de Lieja y de otras poblaciones de Bélgica. En España, en algunas provincias del Norte, es tradicional la merienda de Todos los Santos, como es también tradicional la cena de media noche junto al alumbrado cuerpo del difunto cuando éste tenía en vida el carácter de jefe de familia. Es dudoso que la costumbre de visitar las tabernas en la tarde de nuestros gloriosos tercios al volver de Flandes; pero sí es positivo que esa especie de cena fúnebre, al lado de las velas amarillas que iluminan el cadáver, celebrada con un panegírico en que alternan la risa, el llanto y las libaciones, data de aquellos remotísimos tiempos en que los éuskas levantaban sus tiendas en los bosques de las más altas montañas.

Hullus pertenecía al grupo siempre inmenso de los mantenedores convencidos de la vieja tradición; la embriaguez no perdía en él su carácter de accidente, de acto inconsciente que no se oponía á sus creencias religiosas; antes bien, éstas se exaltaban con los vapores de la bebida y provocaban visibles enternecimientos. «El cristiano viejo quiere vino añejo» decían nuestros antepasados del mismo siglo en que vegetó Hullus; y la embriaguez producida por el vino determinaba en ellos más ardor bélico en la defensa de los principios religiosos.

Entre repetidas profesiones de fe, entre multiplicadas expansiones de la esperanza, Hullus menudeó los sendos tragos de la buena cerveza flamenca y pasó largas horas entregado á los placeres de la libación y á las confidencias de la amistad.

Cuando nuestro herrero abandonó la taberna, era ya de noche. Salía enteramente aturrido por los vapores de la cerveza y olvidado de su familia. Una lluvia menuda, fría y penetrante enfangaba el piso de las calles y tras pasaba las ropas hasta dejar aterido el cuerpo. El brusco cambio de temperatura despertó la razón de Hullus, embotada por la bebida.

—He olvidado el cuadro triste de la desolación de mi familia,—murmuró, al recordar su situación,—soy un padre indigno, un mal esposo.

Atormentado por esta idea, incrustada en su cerebro con la tenacidad y fijeza de un remordimiento, pronto el delirio se apoderó de aquella cabeza debilitada por el prolongado sufrimiento de muchos días. Taladrado su corazón por la pena, desatentado, loco, vagando sin norte ni ventura, corrió la población entera. Luchaba su fe con la desesperación, su hombría de bien con su remordimiento, y entre invocaciones salidas de los labios y deprecaciones que se revolvían en su cerebro desequilibrado, llegó á orillas del Meuse.

El rumor vago de la corriente, la obscuridad, más bien la negrura de aquella noche, la soledad de aquel paraje y sobre todo la disposición de ánimo de Hullus, hicieron concebir al herrero la idea del suicidio.

Disponíase ya á depositar en las aguas el secreto de sus miserias y sufrimientos... Un segundo más y el honrado trabajador hubiera borrado con un crimen toda una leyenda de abnegaciones y de virtud.

Pero, en el mismo instante en que Hullus se inclinaba al borde de la orilla, surgió de las sombras la figura de un hombre respetable que, tocando en el hombro al infeliz, le dijo:

—¿Me invocas, y sin embargo pierdes la fe que en mí tenías?... Encamina tus pasos á la vecina montaña donde habitan solitarios los monjes consagrados á la oración; no detengas tu marcha hasta que encuentres un montón de nieve; una vez allí, cava con ahinco, profundiza hasta que tu pico tropiece con un cuerpo muy duro; verás entonces una piedra negra como tus pesares, brillante como tu fe; esa piedra hará en tu fragua el mejor fuego que se haya visto jamás y te dará la fortuna.

Chispeantes los ojos por los vapores de la cerveza y moviéndose espontáneamente dentro de sus ojos, Hullus escuchaba con admiración las palabras de la noble y respetuosa aparición. Borróse ésta y el herrero, comprimiéndose las sienes, exclamó:

—¿Es un sueño ó es una realidad lo que he visto y escuchado? ¿No es mi pobre razón que estalla por el exceso del dolor ó que se trastorna por los vapores de la bebida? Pero no; yo he visto su porte majestuoso, su figura respetable...

Animado por la fe, dirígese Hullus á su casa, ármase de azadón, saco y linterna, sale de la ciudad en el silencio de la noche y pronto la silueta del herrero se pierde en las sombras de la montaña. Sube, sube fatigado, más por las ansias del anhelo que por el cansancio físico, llega al montón de nieve, cava con ardor indecible y al poco rato ya su saco contiene una gran cantidad de piedra negruzca y reluciente.

Cuando, á la siguiente mañana la esposa de Hullus se dirige á la fragua con ánimo de increparle por su criminal abandono del día anterior, quédase atónita contemplando los resplandores de un fuego más vivo, más intenso que el acostumbrado.

Ennegrecido, sudando, con movimientos de energúmeno, Hullus agitaba febrilmente la cuerda del gran fuelle y cantaba como Estentor en medio de una tempestad de fuego.

Ya tenían pan sus hijos y su mujer; ya no vendrían más aquellos días de horrible pesadumbre.

No tardó mucho en divulgarse la noticia del descubrimiento de un carbón maravilloso; de Lieja y de sus contornos acudían en peregrinación las gentes, ansiosas de ver el prodigio, deseando poseer la piedra negra y brillante.

Cuando el carbón se generalizó, Hullus era ya rico. Agradecido á San Lamberto, construyó para éste una urna de oro que pasa hoy por una de las maravillas que encierra la industriosa Lieja.

Aquel carbón tomó el nombre de carbón de piedra y no tardó en hacerse una necesidad para la industria; pero, en obsequio al descubridor, cambióse después el nombre de carbón de piedra por el de *hulla* con que hoy lo conocemos.

Si la fe no hubiese animado á Hullus, si lo que juzgó realmente aparición, lo creyera visión fantástica de un sueño exaltado por los vapores de la cerveza, tal vez hoy la industria, falta de ese combustible, no hubiese llegado á adquirir las gigantescas proporciones que ha tomado; tal vez la existencia del carbón de piedra fuese todavía un secreto encerrado en las profundas entrañas de la tierra; acaso no se levantarían los ejércitos de chimeneas de New-York, de Liverpool, de Manchester, de Lieja y de Barcelona, ni subiría hasta el cielo la oración del trabajo envuelta en humo, ni se multiplicarían las fraguas de Vulcano en donde se agitan los hombres, convirtiendo las chispas del carbón en pan bendito.

José OSÉS LARUMBE

